

Jugadas de estrategia en la pizarra del entrenador

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Ronda de calentamiento	
Prólogo	15
Salto inicial	
Introducción	19
1.^{er} cuarto	
Practicando <i>pick and roll</i> (<i>Popular music</i> : pop, psicodelia, surf...).....	25
1. Grateful Dead: <i>hippies</i> en canchas psicodélicas.....	27
2. Los Angeles Lakers: fantasía pop y glamour sobre el parqué.....	31
3. MJ vs. MJ (...and The King James).....	39
4. Tenemos que hablar de Kevin... y de los chicos de la playa	47
5. Converse All Star. Baloncesto y <i>rock and roll</i> en los pies de medio mundo.....	53
6. Dirk Nowitzki. Un vigilante de la playa en la línea de tiros libres	59
7. A.K.A. Prince, El símbolo... y el creador de <i>Forever Changes</i>	63

2.º cuarto

Jugando <i>body-check</i> en el perímetro (<i>Black music: jazz, soul, hip-hop...</i>).....	67
8. <i>Jazzketball!</i>	69
9. Canción triste para Wayman Tisdale	75
10. Big Don: un <i>DJ</i> con medalla olímpica	81
11. New York Knicks contra los grandes filósofos clásicos.....	85
12. La extraordinaria vida de Manute Bol.....	89
13. ¡Chasquea los dedos! Kareem, el <i>jazz</i> y el baloncesto.....	97
14. Baloncesto: el quinto elemento de la cultura <i>hip-hop</i>	101

DESCANSO

Libreto con fotos y <i>playlist</i>	109
---	-----

3.º cuarto

A dunk in your face! (<i>Rock music: rock, grunge, punk...</i>).....	111
15. Negro, rojo y amarillo. El Gusano y su conexión con el mundo <i>grunge</i>	113
16. Pete "Pistol" Maravich, Bob Dylan (...y la cancha de la Calle E).....	119
17. Heaven is a playground.....	123
18. The Beastie Boys & Billy Corgan on a Pavement Court ..	135
19. Loquillo: el chico de la bomba	139
20. It's only basketball, but I like it, like it, yes! I do! "Morritos" Jagger: precursor del baloncesto en Gran Bretaña....	143
21. Jim Carroll: Un punk pisando la línea de tres puntos	147

4.º cuarto

Skill and Drills (Miscelánea)	149
22. Playlist Basket Music. Cinta recopilación TDK de 46 minutos cromo extra	151
23. Un día con el extraterrestre.....	157
24. Girl Power!.....	165

25. Pásala a Wilt. La noche que Chamberlain marcó 100 puntos.....	173
26. Rony Seikaly y Bertín Osborne.....	185
27. Do you like good music? Sweet soul music...	187
28. I can hear music... pumpin' on your stereo	201
 Prórroga	
Epílogo	211
 PITIDO FINAL.....	215

Ronda de calentamiento

PRÓLOGO

Para algunos, la vida es galopar un camino empedrado de horas, minutos y segundos. Yo, más humilde soy, y solo quiero que la ola que surge del último suspiro de un segundo me transporte mecido hasta el siguiente.

“Salir, beber, el rollo de siempre”, Extremoduro

Música y baloncesto son dos de las pasiones que más me han obsesionado desde siempre. La primera es una forma de vida, la segunda ha sido mi oficio durante mucho tiempo. Desde que tengo uso de razón he calculado el tiempo por canciones. Acuden a mi memoria infinidad de momentos en los que sonaban en mi cabeza para calcular la duración de las cosas. Utilizaba la música como unidad de tiempo y en muchas ocasiones para que pasara algo más rápido. Este es el truco que utilizaba en las insufribles clases de matemáticas, aquellas en las que fingía atender. O cuando botaba un balón con mi camiseta agujereada de Abdul-Jabbar, en los días en los que soñaba con jugar en la NBA.

El segundo de mis sueños, y creo que poco relacionado, fue ser punki. Consecuencia de tener unos padres que molaban mucho y que accedían a comprarle a un chaval de corta edad una casete de La Polla Ré-cords. Imagino que ahí empezó todo. Yo veía los discos de los Beatles, Elvis Presley o Bruce Springsteen en casa, pero en ese momento no me llamaban la atención. Yo quería ser Evaristo. Con el paso del tiempo estos autores han ido formando parte de mi día a día, a excepción de los Beatles, a los que nunca les he llegado a pillar el punto. Supongo que

mi amor por los Stones habrá tenido algo que ver... Actualmente soy incapaz de entender las horas, los días o la vida sin música (aunque los Beatles sigan sin interesarme).

Así que el hecho de que alguien haya tenido la brillante idea de fusionar en un libro material musical con el deporte de la canasta me parece un gran acierto y totalmente coherente. Estas han sido las dos disciplinas que han convivido conmigo toda la vida, aunque supongo que he tenido algo más de éxito en el propósito de jugar al baloncesto que en el de llegar a ser punki.

En el momento en el que me propusieron hacer el prólogo de este libro cuyo autor bautizaba a una de sus bandas SkyhookS no me lo pensé. Ese es precisamente el primer tiro que copié de un jugador, cuando lanzaba en el garaje de mi casa a un aro que mi padre tenía que reparar con demasiada frecuencia. Aún sabiendo que la genética no sería muy generosa conmigo opté por imitar el *Baby Skyhook* de Magic Johnson.

Imagino que los lectores que tengan entre manos este libro poseerán alguna noción de quién soy y seguramente sabrán que he tenido una carrera con algún que otro sobresalto. Pues todos ellos (y han sido unos cuantos) han tenido su particular banda sonora. Como decía Bukowski, “Hay gente que bebe para celebrar, otra que bebe para olvidar, y otros beben para que suceda algo”. En mi caso puedo aplicar esto a la música, aunque no negaré que el bueno de Charles tiene algo de razón cuando habla del beber.

Afortunadamente, en este camino he tenido la suerte de conocer a algunos músicos, o más bien les llamaría héroes. La casualidad o el destino, no sé exactamente qué fue, me cruzó con Quique González en un aeropuerto, siendo yo muy fan suyo. Esto, después de un cúmulo de circunstancias, me ha llevado a poder conocerle y disfrutar de su amistad. Y gracias a eso, a poder ver a Neil Young en directo.

Está claro que hablar de música y baloncesto me lleva a pensar en esos momentos de mi vida en los que las canciones han sido el único refugio para mí. Recuerdo conducir el coche en Salt Lake City, después de una intervención de rodilla que sabía que me iba a dejar fuera de las

pistas. Lo único que hacía que ese momento fuera soportable era estar escuchando Extremoduro hasta hacerme sangrar los tímpanos.

En otra época de mi vida, en la que vivía en Madrid, se fraguó una amistad irrompible con dos amigos americanos: Ron y Sabu, que se establecieron aquí desde EE. UU., para poder estar más cerca y hacer música juntos. Personas que te hacen ver que la vida puede ser un regalo. Con ellos formé mi primera y única banda llamada Los Perros del Barrio (nombre que hace referencia a Lavapiés) donde tocamos todo lo que mi trabajo me permitió. También entablé una bonita amistad con el que fue mi profesor de guitarra, Juan Escribano, componente del grupo We Are Standard. Entre entrenamiento y entrenamiento, él me enseñó a sacarle partido a mi Fender.

No sería un jugador completo si antes de los partidos no me pusiera los auriculares (estos que han ido evolucionando hasta convertirse en un accesorio más) para escuchar las canciones que me ponían 'palo' y afrontar los partidos. Estos temas han ido siempre variando. He disfrutado de la música mientras estudiaba (bueno, mientras hacía ver que estudiaba...), he disfrutado de la música en plena carrera deportiva, y también lo he hecho en los malos momentos: en la cama de un hospital mirando al techo demasiado tiempo, recordando la frase de un amigo que me decía que "La mejor parte de una casa es el techo". Sin la música, sin los músicos, la vida no sería igual, al menos la mía. Supongo que todos buscamos respuestas en algún momento, y las más siempre han estado entre las notas y los versos de mis artistas favoritos.

Espero que este libro sea un éxito. Supongo que soy poco objetivo porque une las dos cosas que llevo haciendo toda la vida: baloncesto y música. Creo que hay un gran paralelismo entre una banda y un equipo. Todos sus miembros son fundamentales. Puede que algunos parezcan más importantes que otros, pero no se entendería si faltara uno. Jordan podía ser considerado el mejor, pero no creo que su éxito sin Scottie Pippen hubiera sido el mismo. Igual que Mick Jagger sin Keith Richards. No quiero olvidarme de los baterías, que serían esos pívots que hacen que el equipo funcione, que llevan a cabo ese trabajo sucio, a veces poco vistoso, pero sin ellos no ganarías partidos y no harías que la

gente enloqueciera al ritmo de los tambores. Al mismo tiempo siempre te acaban poniendo más nervioso de lo normal.

Sé que la música me seguirá acompañando. Sé que seguiré conectando con cualquier persona que tenga esta sensibilidad de la que yo carezco, pero que me inspira. Uno no espera que le pidan hacer un prólogo y menos a un deportista, que salvo en contadas excepciones (en las que no me incluyo) sepan escribir algo más allá de su autógrafo... Uno de los grandes retos que he tenido como baloncestista era mantenerme concentrado y con ganas de competir (en lugar de coger el primer tren para casa) al escuchar lo que se pinchaba en el vestuario antes de empezar un partido.

Todos tenemos una canción favorita, al igual que tenemos un jugador preferido. Admito que si tuviera que elegir me costaría mucho escoger o decidirme por uno. Kareem, Magic, Bird, Pippen, Jordan, Van Excel, Sam Cassel, Nash, Williams... "Like a Rolling Stone" de Dylan, Txus, "Sarri Sarri" de Kortatu, "Lola" de Albert Pla, "Golfa" de Extremo, "Perfect Day" de Lou Reed, "Keep on Rocking", "Today Your Love, Tomorrow The World", "God" de Lennon, "La culpa de todo la tiene Yoko Ono...".

No sé, supongo que así podría seguir horas pensando en jugadores que han marcado mi infancia y canciones que me han llevado a ver que muchos momentos vividos sin la música de fondo no hubieran sido lo mismo. Ahora solo me queda la música. El baloncesto de alta competición ha pasado a mejor vida, y en esta nueva fase sin ser jugador profesional, siendo solo una persona que no quiere ser definida por lo que fue, me queda la música. Quedan canciones por descubrir, bandas que ver, libros como este que leer, charlas con amigos hasta altas horas de la madrugada hablando de esta pasión que muy difícilmente va a desaparecer...

Espero que disfrutéis del libro.

Raül LÓPEZ
Jugador NBA, campeón ACB
y medalla de plata olímpica

Salto inicial

INTRODUCCIÓN

Bienvenidos al partido inaugural
la temporada está a punto de empezar
la gente en la grada comienza a animar
los dos equipos empiezan a calentar
se encienden las luces del pabellón
la cuenta atrás empieza en el marcador
es el primer partido de liga
el primer partido de liga
los dos equipos escogen su cinco titular
el árbitro lanza el salto inicial.
“Primer partido de liga”, SkyhookS

Siempre me ha parecido que los instantes previos a un concierto de *rock and roll* son muy semejantes a los momentos que se viven en los vestuarios de un pabellón antes de cualquier partido de baloncesto. He tenido la fortuna de experimentar ambas sensaciones y siempre trato de disfrutar (al menos todo lo que mi nerviosismo e inseguridad me permiten) dichos rituales que se me antojan muy semejantes entre las dos disciplinas. En el camerino (las pocas veces que tengo la suerte de disfrutar de uno) antes de cada concierto, intento arreglar el vestuario con el que voy a salir al escenario, caliento la voz, compruebo el estado de las cuerdas de mi guitarra e intento recordar todas las letras de las canciones que tanto hemos trabajado durante los ensayos. Casi de la misma manera que años antes, en algún vestuario de un frío pabellón,

me ataba con cuidado los cordones de mis zapatillas, me ponía el chándal del equipo, trataba de recordar todos los movimientos tácticos y jugadas de estrategia que tanto habíamos entrenado, e intentaba estirar mis músculos antes de salir a la rueda de calentamiento que me esperaba en la cancha. Pero sobre todo, siento ese no sé qué tan especial, mezcla de inquietud, vértigo y ganas de que llegue el momento de pisar las tablas, las del parqué y las del escenario.

¡Oh! ¡Sí! ¡Esa sensación!

SkyhookS somos un grupo de música pop en el que todas nuestras canciones giran alrededor del mundo del baloncesto. Jugadores, entrenadores, aficionados, árbitros, partidos, anécdotas y jugadas pasean por nuestros temas a endiablado ritmo y serpenteantes melodías. Pero bajo ese trasfondo tratamos de hablar acerca de algo más... El básquet, en realidad, es la excusa que nos permite desarrollar otros temas que nos preocupan o experimentamos en nuestras vidas, como el paso del tiempo y la llegada de la vejez (un pivot llegando al crepúsculo de su carrera); la fascinación por el continente africano (Manute Bol); pasando por sentimentales historias de amor que se fraguan sobre el cemento de una pista de barrio; sin olvidarnos de la sensación de pérdida y fracaso ante las expectativas no cumplidas en una temporada o incluso metafóricas alusiones sexuales.

Como letrista (qué horrible palabra), después de media vida tratando de plasmar mis emociones en canciones, compruebo con sorpresa que quizás sea este mi proyecto más autobiográfico y personal, ya que mi otra media vida me la he pasado en canchas de baloncesto. Estoy tan familiarizado con los términos y el lenguaje del deporte de la canasta que ahora me sorprende que esa influencia no haya surgido antes. Pero me alegra que lo haga ahora de forma ya imparable y espero que por mucho tiempo, con estos imbatibles, temibles, invictos: SkyhookS, la primera *basket-roll band* de la historia.

Desde que era un niño, hasta bien entrada mi tercera década de vida, he jugado al baloncesto en equipos federados de cierto nivel. Jugué en todas las categorías inferiores del equipo de mi ciudad OAR Ferrol (hoy tristemente desaparecido). Con este equipo gané campeonatos gallegos y hasta llegamos a clasificarnos como sextos de España en la categoría

juvenil. Fui seleccionado tres veces para la selección gallega y otras tantas veces para participar en concentraciones, preselecciones y *clínicas* de la Federación Española. Muchos de los recuerdos de mi adolescencia están vinculados inequívocamente al baloncesto. Así que no estoy seguro de cómo o cuándo surgió esta locura, esta excéntrica idea de unir mis dos pasiones, probablemente un disparate pero, en cualquier caso, uno muy divertido. Quizás la chispa surgiese de un difuso recuerdo de la boda de mi hermana, cuando mi padre se animó a bailar y mirándome con cara de sorpresa, me gritó: “¡Venga, a bailar!... es muy fácil... ¡solo tienes que hacer movimientos de baloncesto!”. E inesperadamente se limitó a ejecutar *driblings*, *crossovers*, reversos y pases de pecho que se revelaron, para pasmo de los allí presentes, como acertados pasos de baile al ritmo de alguna horterada latina. Supongo que aquello plantó la semilla: el baloncesto también se podía bailar.

O tal vez fuese mucho antes. En 1990, concretamente el 20 de agosto, día de la final del mundial (entre Yugoslavia y Unión Soviética) celebrado en Argentina. Lo recuerdo perfectamente porque ese mismo día, para hacer tiempo antes de que empezase el partido puse en el tocadiscos de mi tío el LP *¿Cuándo se come aquí?* del grupo vigués Siniestro Total y tan fascinado estaba con aquel descubrimiento que me perdí los primeros minutos del partido.

También me sería complicado explicar el porqué, en esos mismos años, siempre que se mencionaban los Bad Boys (es decir los Detroit Pistons del 89 o 90) en mi cabeza resonaban los acordes del “Gimme Shelter” de los Rolling Stones (“Rape, murder! It's just a shot away. It's just a shot away”).

O incluso sería casi imposible atreverme a admitir en público (guárdame el secreto, lector/a amig@) las intrincadas conexiones cerebrales que provocan que después de encestar más de dos triples seguidos tenga que tararear en mi subconsciente ese estribillo de Bruce Springsteen... “ooouoh I'm on fire!”.

Este libro trata de concretar las conexiones entre estas dos disciplinas aparentemente tan dispares. En él encontraréis artículos que enlazan mis dos pasiones, con especial hincapié en aquellos relatos que yo llamo la cara B de la historia: perdedores, aventureros, visionarios

que tienen un pie en la cancha y otro en los escenarios de conciertos. Con montones de fotos y citas textuales de los protagonistas. Podréis leer acerca de cómo el jazz hizo mejor jugador a Karen Abdul-Jabbar, o de cómo el baloncesto convirtió en mejor cantante a Mick Jagger, las increíbles historias de Big Don, Dirk Nowitzki o la extraordinaria vida de Manute Bol; apasionadas crónicas del partido en el que un gigante anotó cien puntos o comentarios acerca de la relación de Bob Dylan con el básquet. Llevé a cabo la investigación buceando en los cientos de revistas y libros de baloncesto y música que muchos amigos pusieron a mi disposición, consultando hemerotecas, viendo documentales y explorando recónditos rincones de internet.

Como se puede apreciar en el índice, he ordenado el libro en cuatro apartados que se corresponden con los cuatro períodos de un partido. Cada cuarto contiene historias relacionadas con un género o estilo musical y el último funciona como cajón de sastre con textos variados. En el descanso disfrutaremos de un libreto de fotos... y, como todo buen partido, ¡también tenemos prórroga! Si leyéndolo (y escuchándolo) os lo pasáis la mitad de bien que yo escribiéndolo, es que lo he hecho bien. Música y baloncesto, guitarras y canastas, épicos partidos y canciones coreadas puño en alto desde las gradas de cualquier pabellón.

Así que, aquí y ahora mismo, en este preciso instante, me tenéis encima del escenario enfrentándome a un público expectante. Para disimular mi nerviosismo compruebo una y mil veces la afinación de mi guitarra, miro a mis compañeros que se preparan en sus puestos, somos un quinteto titular esperando a que el árbitro lance el balón. El técnico de sonido nos hace un gesto a modo de salto inicial. A mi espalda ya atrona el ritmo desbocado de la batería, siento su bombo y su caja en mi pecho, empujándome a dejarme llevar por la música, en un crescendo que dura unos compases, es el momento en el que todo el grupo entra al unísono para encarar el principio de la primera canción del concierto, el redoble de batería marca mi turno para empezar a cantar, me acerco al micrófono...

Por una milésima de segundo por mi cabeza pasan recuerdos de más de veinte años atrás, en el patio trasero donde habían instalado una canasta. Cientos de horas jugando sobre el cemento, el tacto del primer balón de goma, el sonido de los botes contra las baldosas, un aro sin

red... Exhausto, sin apenas energía después de todo el día en la cancha, recuerdo la sensación de alivio al comprobar que las farolas aún seguían iluminando la pista una vez llegada la noche... y seguir jugando... y seguir jugando... y seguir jugando...

Me concentro en afinar las notas de la primera estrofa, cierro los ojos concentrándome en mi propia voz que resuena en los monitores con claridad, compruebo el sonido de la banda, mis compañeros están tan metidos en el concierto como yo, somos un equipo en busca de la victoria, piso el pedal de distorsión que eleva el volumen de mi guitarra para llegar al clímax del estribillo...

Como en esas películas en las que una cortinilla serpenteante curva la imagen indicando que vamos a ver un *flashback* al pasado del protagonista, me encuentro ahora en un enorme pabellón deportivo. Poco a poco se encienden las luces, el sonido del bote de un balón, el roce de la goma de las zapatillas contra el parqué, dos enormes moles luchando por la posición en un trozo de madera, el olor a linimento y sudoración, el silbido de la red, los gritos de admiración en las gradas, las palmadas de camaradería entre compañeros, el júbilo del público después de un triple, el estallido de un aro siendo maltratado en un mate, el nerviosismo en los tiempos muertos de una prórroga, el silbato de un árbitro señalando alguna infracción, el tacto del relieve de un balón de cuero naranja, la perfección geométrica de un tiro a tablero...

¡PUM! Despierto de mis propios recuerdos y veo como el público aplaude y sonríe a los SkyhookS, que sin apenas respiro reaccionan a la cuenta hasta cuatro del batería y acometen, como si de un contraataque por sorpresa se tratase, el resto de canciones de repertorio. Todos bailamos y nos contoneamos como si hubiésemos ganado el quinto partido del *play-off* por salvarnos del descenso de categoría. Es una celebración de la vida, el *rock and roll* y nuestro deporte favorito. Estamos en esto por la pasión por el básquet y la música, por los guitarrazos y los mates, los *grooves* y los *driblings*, por el Doctor J y por el Doctor John, por Larry Bird y The Byrds, Magic Johnson y Robert Johnson, Tony Parker y Charlie Parker, en definitiva:

“It's only basketball, but I like it!”.

1. GRATEFUL DEAD: *HIPPIES* EN CANCHAS PSICODÉLICAS

Una de las bandas de pop-rock más conectadas, ya sea directa o tangencialmente, con el mundo del baloncesto es también el grupo que más se identifica con el movimiento *hippie*, el *flower power* y la cultura psicodélica. Hablamos de los estadounidenses Grateful Dead.

Los de California se dieron a conocer por un estilo de composición ecléctico que fusionaba todas las variantes de la música americana: *rock*, *folk*, *bluegrass*, *blues*, *country* y *jazz* y por sus largas improvisaciones que convertían cada actuación del grupo en un evento único e irrepetible. Un disco favorito del que subscribe (y quizás el más accesible en la carrera de la banda) es *American Beauty* del año 1970.

Sus fans más acérrimos se autodenominan *deadheads* y realizaban auténticas peregrinaciones siguiendo las giras del grupo por todo el mundo. La banda fomentaba el sentimiento de comunidad entre sus fans (permitía que las grabaciones piratas de sus conciertos se compartieran, siempre y cuando no se obtuvieran beneficios vendiéndolas) convirtiendo a sus seguidores en los más devotos del mundo del *rock*. Tal es la veneración de sus fans, que se han escrito ensayos de *marketing* analizando el fenómeno desde un punto de vista comercial (*Marketing Lessons from the Grateful Dead*)¹ y en algunas universidades americanas se estudia la estrategia empresarial y táctica de negocio de estos *hippies* psicodélicos.

1. 2010, David Meerman Scott, Brian Halligan. Gildan Media Corp.

Y he aquí la primera conexión con el deporte de la canasta. Uno de esos *deadheads* que durante años siguió al grupo en sus innumerables giras fue ni más ni menos que el gran Bill Walton (1952). Entre los logros personales en la carrera del jugador está el haber sido *MVP* de la liga en la temporada 1978 o mejor sexto hombre del año 1986. En una trayectoria plagada de lesiones logró completar diez temporadas (durante las décadas de los setenta y ochenta) ganando dos campeonatos de la NBA.

Es conocida la afición de Walton por el *folk-rock*, siendo visto en multitud de conciertos de Neil Young, Allman Brothers o Bob Dylan. Pero es su devoción por los Dead la que lo ha hecho muy popular entre los seguidores del grupo. Tanto es así, que el que fuera pívot de los Celtics de Boston (aunque, al igual que su banda favorita, nacido en California) llegó a afirmar haber visto a los Grateful Dead exactamente 858 veces, incluidos todos los conciertos de la gira de despedida que el grupo realizó en el 2016 (a los cuales Walton acudió acompañado por su joven esposa, también seguidora de la banda de Palo Alto). En el año 2001, el bueno de Walton fue admitido en el Salón de la Fama de los Grateful Dead. Hasta llegó a tocar la batería en el mítico concierto que la banda realizó en Egipto, a la vista de las pirámides. Todo un hito en la vida de cualquier fan.

Puesto en perspectiva, *the big red head* (apodo atribuido dada su estatura y su característico color de pelo) jugó 13.250 minutos en la NBA, promediando 28 minutos por partido, lo que suma 211 horas. Asumiendo que un concierto estándar de la banda dura de media unas dos horas, y que el pívot acudió a 858 *shows*, arroja una cifra de 1.700 horas viendo a los Grateful Dead en directo. Unas 1.500 horas más disfrutando del *rock* y la psicodelia que repartiendo codazos en la zona y luchando por el rebote contra los pívots rivales. El tiempo que pasó viendo a los Grateful equivaldría a 3.602 partidos, es decir, 44 temporadas de la NBA.

Uno no puede dejar de imaginarse a un *hippie* de doscientos diez centímetros de altura y más de cien kilos de peso, con dos enormes anillos en los dedos de su mano que lo acreditan como campeón de la NBA, cantando himnos rock rodeado por otros 50.000 *deadheads*.

Una de las anécdotas más simpáticas, contada por el propio jugador, es aquella en la que la mañana siguiente a haber asistido a un *show*

del grupo, estaba en el vestuario preparándose para el entrenamiento y el *coach* John Wooden, ante el extraño olor que se percibía en el vestuario, miró sospechosamente a Walton, que tuvo que negar el consumo de cualquier sustancia ilegal y explicarle a su entrenador el culto *hippie* a la marihuana y la particular filosofía de los miembros y fans de Grateful Dead.



República de Lituania: ¡canastas flower power!

Pero no es la única conexión de los Dead con el universo baloncestístico. Aún más insólita es la historia que los vincula con la selección lituana que ganó la medalla de bronce en las olimpiadas de Barcelona de 1992, en la que la banda llegó a diseñar las camisetas y toda la ropa deportiva utilizada por los jugadores.

En el año 1992 Lituania (toda una potencia en básquet) se había independizado de la URSS unos meses antes de la celebración olímpica. Y aunque el país carecía de una federación oficial (ya que había sido recientemente constituido y se encontraba literalmente en la ruina), fueron los propios jugadores los que se confabularon para acudir a la cita barcelonesa como una declaración de amor a su país en un intento de dar ánimos a sus compatriotas ante las difíciles situaciones que estaban viviendo.

Una selección plagada de figuras como Arvydas Sabonis, Rimas Kurtinaitis, un joven Karnisovas y el alero Sharunas Marciulionis (en aquella época, ya jugador de la NBA por los Golden State Warriors). Sharunas fue el más motivado para que su país participase en la competición olímpica, lanzando para ello una campaña en los periódicos de mayor tirada en el área de California. Fue idea de Donnie Nelson, entrenador ayudante de los Warriors, apuntar aún más alto: convencer al grupo de música más famoso del estado que brindase ayuda para la causa. Y ahí

Bill Walton en la autopista 160.
Desierto de Durango (Colorado).

© Bill Walton

es donde entran los Grateful Dead, que, conmovidos por la historia, proponen ceder toda la equipación de entrenamiento y las camisetas oficiales, naturalmente en llamativos colores lavados a lejía y con el aspecto y estilo psicodélicos que caracterizaban a toda la generación *hippie*. Marciulonis confesó que cuando se reunieron con el grupo después de un concierto el ambiente “olía extraño”.

Además, el dibujante de cómics contracultural Greg Speirs se ofrece a rediseñar el esqueleto identificativo de los Dead, el cual es representado ejecutando un espectacular mate con las dos manos. Todos los beneficios recaudados por la venta de camisetas entre aficionados, tanto del baloncesto como del *rock* psicodélico, fueron donados a una organización benéfica lituana. Los Grateful Dead renunciaron a percibir ni un solo dólar de aquella campaña y la parte que les tocaba la destinaron a obras sociales en favor de los niños desfavorecidos de Lituania. Se establece así un vínculo irrompible entre el grupo y la nueva nación, hasta el punto de que cuando murió el carismático líder de los Grateful, Jerry García, en 1995 el primer ministro lituano envió un mensaje de condolencia a la banda.

En aquella competición olímpica de Barcelona'92 (con un joven Javier Imbroda en el cuerpo técnico)² la selección lituana logró la medalla de bronce. En los siguientes juegos olímpicos, celebrados en Atlanta en 1996, la selección lituana repitió equipación y a su presentación olímpica acudió ni más ni menos que un orgulloso Bill Walton, que se había convertido por derecho propio en fan del equipo.

Aquella psicodélica selección ganó sendas medallas de bronce en las olimpiadas en las que participó y arrojó a la memoria de los aficionados al baloncesto recuerdos que jamás podrán olvidar, como la subida al pódium olímpico para recoger su medalla con aquellos estrañafalarios colores. Por cierto, no busquen a Arvydas Sabonis en esa foto, no subió al tercer cajón de dicho pódium, cuentan las malas lenguas que por motivo de una presunta intoxicación etílica... Quién sabe si al ritmo de las psicodélicas canciones de los Grateful Dead.

2. Imbroda (diecisiete temporadas entrenador ACB) convenció a su vez al ayuntamiento de su ciudad (Melilla) para que patrocinase a Lituania con veinticinco millones de pesetas de la época. Según el periódico *El País*, julio, 1992.

© del texto: Óscar Sabín Fernández, 2019
© de las imágenes: los autores, agencias y archivos citados
© del prólogo: Raül López Molist, 2019
© del epílogo: Jose María Sanz Beltrán, Loquillo, 2019
© de esta edición:
Milenio Publicaciones SL, 2019
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
Tel. 973 23 66 11 - Fax 973 24 07 95
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: febrero de 2019

Impresión:

Arts Gràfiques Bobalà, S L
Sant Salvador, 8
25005 Lleida
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-855-1

DL: L 19-2019

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.